

nal, se inclina á conocer las razones, el por qué de las cosas. ¿Y qué es la razon y el conocimiento del *por qué* de una cosa sino el conocimiento de su causa? Luego, si el conocimiento de las causas de las cosas constituye la accion específica del hombre en cuanto es un sér racional, claro está que la ciencia adecuada para remontarse al conocimiento de las primeras causas, ó séase de las últimas razones, es la ciencia más perfecta de todas, cabalmente por ser la que más de cerca se conforma á la natural inclinacion de la mente humana. Es así que la ciencia de las últimas razones es *la filosofía*; luego la alteza y utilidad de la filosofía consisten primariamente en la perfeccion que dá esta ciencia á la natural inclinacion del hombre (1).

De esta nativa inclinacion del hombre á conocer las causas de las cosas traen su filiacion todas las ciencias especiales, pues cada cual de ellas procede del especial objeto en que se ejercita esa inclinacion al actuarse. Pero como lo múltiple no puede reducirse á la unidad sino mediante la ley de subordinacion ó coordinacion, de aquí que las ciencias múltiples no podrían ser objeto de esta inclinacion natural del hombre á conocer las causas de las cosas, si no reinase entre ellas una subordinacion ó coordinacion naturales. Y efectivamente, hay en las ciencias múltiples esta ley natural de subordinacion ó coordinacion, pues ya hemos visto cómo las razones relativamente últimas de toda ciencia se van resolviendo en las razones últimas de otra ciencia superior, hasta llegar á las razones absolutamente últimas, que son cabalmente el objeto de la filosofía. Este primado de la filosofía es quien la hace, no ya solo utilísima, sino necesaria para adquirir todas las demás ciencias.

Pero la ciencia no es fin del hombre, sino simple medio para que pueda alcanzar su fin último de una manera digna y conforme á su naturaleza. Necesario es, por tanto, que el filósofo especulador, despues de haber investigado la naturaleza de las cosas, enderece su conocimiento al fin que la naturaleza le dicta. Nótese aquí que el fin de todo sér, como dado que le es por el Autor mismo de la naturaleza, debe corresponder á la naturaleza del sér mismo para quien es tal fin. Dios, en efecto, al crear todas las cosas conforme al tipo arquetipo preexistente en su mente divina, á todas señala fin correspondiente á la idea arquetipa de cada una de ellas. Y como quiera que las ideas arquetipas del entendimiento divino son representaciones fieles de las esencias de las cosas, claro está que el fin de todo sér, por el hecho

(1) Cons. á SANTO TOMÁS, *In lib. 1, Met.*, lect. 1.

de estar modelado sobre la idea arquetipa del divino entendimiento, resulta conforme á la naturaleza del sér mismo para quien es tal fin. Luego el hombre, como hechura que es de las manos de Dios mismo, y obra maestra de la creacion, debe de tener un fin, y este fin debe de ser conforme á su naturaleza. Si el fin del hombre ha de ser proporcionado á su naturaleza, claro está que no puede tratarse de aquel fin sin investigar antes cuál sea esta naturaleza. Por eso cabalmente la moral, en cuanto supone la ciencia del hombre, es una ciencia derivada que supone una ciencia antecedente, de la cual reciba principio, razon y punto de partida. De otro modo, la moral fuera una práctica sin teoría, una aplicacion sin principio, un arte sin prueba ni certeza, ó mejor dicho, no sería un arte, sino meramente un sentimiento y una inspiracion. Pues bien; esta ciencia, fuente de la moral, ¿cuál otra es sino la *Antropología*, que es una parte de la filosofía? (1). Puede aquí parecer que con esto queda plenamente enunciada toda la accion que á la *Antropología* sea dado ejercer sobre la filosofía moral; pero no creo yo que esto solo constituya el lado por donde la filosofía moral está subordinada á la *Antropología*. En efecto, el problema fundamental de la moral abraza con unidad sintética el fin del hombre y los medios necesarios para alcanzarle; pero es el caso que la investigacion del fin del hombre y la de los medios necesarios para alcanzarle no constituyen dos problemas diversos, sino que se confunden en un solo y único problema. Y ciertamente el más superficial análisis basta para demostrar que el fin no puede ser alcanzado sino por los medios propios; y la idea que tenemos de Dios como Sér infinitamente perfecto no nos consiente dudar que al crear al hombre para un fin, no le haya dado los medios correspondientes, ó que no le deje ponerlos en prácticá. Lejos de ser así, es indudable que las facultades, inclinaciones ó tendencias naturales visibles en el hombre, auxiliadas por el orden sobrenatural de la gracia, constituyen cabalmente el orden de medios con que debe cumplir su destino final. Y como la *Antropología* estudia al hombre, no solo en su naturaleza, sino tambien en sus medios naturales de accion, hé aquí un segundo motivo por que esa ciencia constituye el fundamento de la filosofía moral. Estos títulos que legitiman la preeminencia ontológica de la *Antropología* sobre la moral, son harto manifiestos para que puedan ser impugnados. La historia misma comprueba esa legitimidad, pues

(1) DAMIRON, *Cours de philosophie*, part. II, *Morale*, Pref., p. 9 y sig., París, 1834.

es un hecho notorio que en todos tiempos y en todas las escuelas la moral ha correspondido á la índole de la ciencia que se haya profesado respecto del hombre. Este método fué óbvio para Sócrates, cuya famosa fórmula: *conócete á tí mismo*, es simultáneamente un principio antropológico y un principio moral (1).

Siendo el estudio de la filosofía necesario para el de la moral, claro está que utilísimo debe ser también á las ciencias jurídicas y económicas, que de la moral dependen. Hoy día se está continuamente hablando y escribiendo de motores políticos, de energías sociales, y con este motivo se sacan á cuento el pueblo, la nacionalidad, la industria, el comercio y demás cosas de su especie. Los economistas hacen lo propio con las varias fuerzas productoras de la riqueza; y uno proclama *propiedad y capital*; otro *asociación y trabajo*; otros, en fin, imaginan diversas ó equivalentes fórmulas; pero, ¿cuál de ellos mete siquiera en cuenta el ingenio y la filosofía? Y sin embargo, el ingenio es la primera fuerza del mundo en todo y para todo; como que faltando él, toda otra fuerza activa es débil ó nula: él es la primera de las fuerzas económicas, pues tanto valen y fructifican la propiedad y el capital cuanto vale la inteligencia que los maneja; él es la primera fuente de la riqueza, pues solo él puede explorarla y sacarla del seno de la naturaleza, y acrecentarla por medio del saber. ¿De dónde, en efecto, proceden los maravillosos progresos actuales de la agricultura, de la industria y del comercio, sino de la aplicación de la mecánica, de la física y de la química, á los vehículos terrestres y marítimos, á los campos y á los talleres? ¿Y qué cosa es esta aplicación, cada día mayor y más perfecta, sino la aplicación del ingenio á la materia puesta bajo su dominio? Porque la filosofía, sabedlo, es el supremo directorio del pensamiento, y una especie de propedéutica educadora que hace hábil al hombre para emplearse en la materia que le plazca. Y nada digo de la utilidad que la vida civil saca de la filosofía por los hábitos intelectivos y morales de que la informa; pues sabido es cuánto y cuánto el estudio profundo de una sólida filosofía contribuye á dar amplitud á las ideas, alteza al alma, nobleza á los afectos, respeto á la ley, amor á la libertad y á la patria y á los menesterosos; en suma, las virtudes todas morales y cívicas. Sí: estos son resultados propios de la filosofía, y si no los produce con la abundancia apetecible, cúlpese á quien no la cultiva como debiera hacerlo.

(1) CONS. á P. FANET, *Histoire de la philosophie morale et politique dans l'antiquité et les temps modernes*, lib. I, c. I, t. I, p. 8 y sig., París, 1860.

¿Qué más? Aun á las artes es útil el estudio de la filosofía, pues siendo materia de todo arte enseñar las reglas conforme á las cuales puede ser realizada una obra, y debiendo estas reglas ser deducidas siempre de la naturaleza, claro está que tanto más aventajado será el artista cuanto mejor conozca la naturaleza de las cosas, ó lo que es igual, cuanto más filósofo sea. Por consiguiente, la poesía, la gramática, la retórica y otras disciplinas análogas dependen naturalmente del estudio de la filosofía, y sin él jamás podrán producir los efectos que de ellas debe esperarse. Por eso Ciceron confiesa de sí mismo que *non ex Rethorum officinis, sed ex Academia spatii oratorem extitise* (1). Pues y la religion, ¿qué provecho no saca del estudio de una sólida filosofía? como que por medio de ésta se demuestra la existencia de Dios y sus atributos, verdades que son *Preámbulos á la fé*; por medio de la filosofía se ve clara la necesidad de un orden sobrenatural de verdades, y se ilustra estas verdades mismas con símiles tomados de la naturaleza: por la filosofía, en fin, se refuta los sofismas de los adversarios, y se demuestra no existir verdad alguna natural que contradiga á las verdades reveladas (2). Es decir, en suma, que tanto para la vida privada como para la pública, y lo mismo para el cultivador de las ciencias que para el de las artes y la industria, y en fin, para defensa de la religion, el estudio de la filosofía es, no sólo útil, sino también necesario.

IV.

Division de la filosofía.

Determinado ya el objeto de la filosofía, y enunciadas sus principales conexiones con las demás ciencias, réstanos únicamente dividirla en sus partes principales.

Sin tomar, pues, en cuenta las numerosas divisiones que de esta ciencia han formulado los autores antiguos y modernos, me limitaré á exponer la que juzgo más acertada. Digo, por tanto, que la filosofía puede dividirse en *real, moral y lógica*, ó como han dicho algunos antiguos, en *Natural, Moral y Racional*. Toda ciencia puede ser dividida en tantas partes cuantas son las formas primitivas á que puede acomodarse la division de su objeto propio. Pues bien, el objeto pro-

(1) CICER., *Orat.*, c. IV.

(2) SANTO TOMÁS, *Super Boetium de Trinitate.*, q. II, a. 3.

pio de la filosofía puédesse dividir en tres formas, correspondientes á las tres también bajo que se puede considerar el sér, que es ese objeto propio. En efecto, al sér podemos considerarle: 1.º en cuanto es real y posee atributos y propiedades independientes de nuestra especulación mental; 2.º en cuanto es ideal y posee atributos que le dá nuestra especulación; 3.º ó en cuanto es moral, ó séase como término del acto volitivo que apetece el bien. Puede, por tanto, darse una filosofía que estudie el sér bajo la forma de la realidad, y ésta será la filosofía *natural*; ó que le estudie, por último, bajo la forma de la idealidad, y será la filosofía *racional*; ó que le estudie, por último, bajo la forma de la moralidad, y será la filosofía *moral*. Esta división genérica de la filosofía puede justificarse con el siguiente raciocinio, á saber: Objeto de la filosofía son las *últimas razones*; es así que las últimas razones pueden ser, ó la causa *eficiente*, que siendo la que dá el sér, debe mirarse como real; ó la causa *ejemplar*, que siendo el medio por quien las cosas son contempladas en su tipo, pertenece al orden ideal; ó la causa *final*, que dando impulso á la voluntad y siendo su último término, pertenece al orden *moral* (1); luego la filosofía puede estudiar las últimas razones, ó en el orden de la realidad, ó en el orden del conocimiento, ó en el orden de la moralidad, y por consiguiente es *real, racional y moral* (2). A esta división de la filosofía, en cuanto es la ciencia más universal, están subordinadas todas las demás ciencias: en efecto, las naturales y físicas lo están á la ciencia *real* que trata del sér bajo la forma de la realidad; las ciencias políticas y legales tienen su fundamento en la ciencia *moral*; y las que tratan del conocimiento están subordinadas á la ciencia *racional*. Para los antiguos todas estas ciencias se hallaban comprendidas en la filosofía, porque ellos estudiaban las ciencias en su total conjunto y en sus mútuas relaciones; pero cuando la filosofía se distinguió de la moral, y por consiguiente, de todas la demás ciencias que en la moral se apoyan, redujose la filosofía á contemplar las últimas razones de la realidad y del conocimiento. De aquí nació la di-

(1) No he puesto en cuenta la causa *material*, porque no recibiendo ésta sino de la *forma* su modo de ser, no puede llamársela propiamente razón última.

(2) SAN AGUSTIN (*De civitate Dei*, lib. XI, c. XXV) halla en esta división, hecha por Platon (véase á CICERON, *Acad.*, lib. I, n. 6) y repetida por Séneca (*Epíst.* LXXXIX), un cierto vestigio de la Trinidad Divina, y dice que con ella se responde á los tres problemas generales de la ciencia propuestos siempre y no resueltos jamás del todo por los filósofos gentiles, á saber: ¿Qué cosa es el sér? ¿Qué cosa es la verdad? ¿Qué cosa es el bien?

visión de la filosofía en *subjetiva y objetiva*, entendiéndose por subjetiva la ciencia del conocimiento, y por objetiva la ciencia del sér del conoedor y de lo conocido. Una y otra de estas dos filosofías admiten subdivisión; pues la objetiva se subdivide efectivamente: 1.º en *Cosmología*, si trata de los supremos principios del mundo; 2.º en *Teodicea*, si trata de Dios; 3.º en *Antropología*, si trata de la naturaleza del alma humana; es decir, la filosofía objetiva trata del mundo, de Dios y del alma humana, porque son los tres objetos *reales* de la especulación que le es propia. La filosofía subjetiva se subdivide: 1.º en *Lógica*, si trata de las supremas leyes del pensamiento; 2.º en *Dinamilogía*, si trata de las facultades del alma, consideradas como instrumentos del conocer; 3.º en *Ideología*, si trata de las ideas consideradas como medio por el cual se realiza el conocimiento; 4.º en *Critereología*, si trata del valor del conocimiento humano.

¿Por cuál de estas partes debe comenzarse el estudio de la filosofía? Nosotros creemos que por la *Lógica*, y no porque ésta sea la parte más fácil, pues antes bien es la más difícil, sino porque siendo ella la que dicta las leyes generales á que debe ajustarse la mente humana en la adquisición de la ciencia, y la que nos dispone convenientemente para discernir entre lo verdadero y lo falso, debe por lo mismo preceder al cultivo de toda ciencia. Y verdaderamente, según lo enseña San Agustín: «¿Cómo la razón podría pasar á construir nada sin distinguir, observar y dirigir antes las reglas y preceptos de la razón, en cuanto han de ser los instrumentos de que se sirva, formando así aquel arte llamado *Dialéctica*? La *Dialéctica*, en efecto, es la que nos enseña á aprender; la que nos manifiesta lo que la razón es en sí, lo que quiere y lo que puede; la única que quiere hacer sábios á los hombres, y que no solo lo quiere, sino que también lo puede» (1). Por consiguiente, los que en la enseñanza filosófica parten de la *Psicología* ó de la *Ideología* sin haber enseñado previamente los preceptos lógicos, van tan acertados como quien se echa en busca de la ciencia sin haber aprendido antes el camino, ó séase el modo de encontrarla.

(1) SAN AGUSTIN, *De ordine*, lib. I, c. XVIII.